

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

VIAJE APOSTÓLICO A TIERRA SANTA 2009

Encuentro con las organizaciones para el diálogo interreligioso en Jerusalén (Israel)

11 de mayo de 2009

Queridos hermanos en el episcopado; distinguidos líderes religiosos; queridos amigos:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros esta tarde. Deseo agradecer a Su Beatitud el patriarca Fouad Twal las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Correspondo a los afectuosos sentimientos expresados y os saludo cordialmente a todos vosotros y a los miembros de los grupos y organizaciones que representáis.

«*El Señor dijo a Abram: "Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré". Marchó, pues, Abram (...), tomando a Sara, su mujer*» (cf. Gn 12,1-5). La irrupción de la llamada de Dios, que marca el inicio de la historia de nuestras tradiciones religiosas, se escuchó en medio de la vida ordinaria de un hombre. Y la historia que de ahí derivó no se plasmó en el aislamiento, sino a través del encuentro con las culturas egipcia, hitita, sumeria, babilónica, persa y griega.

La fe siempre se vive dentro de una cultura. La historia de la religión nos muestra que una comunidad de creyentes avanza gradualmente en su fidelidad a Dios, recibiendo y aportando en la cultura que encuentra. Esta misma dinámica se realiza en cada uno de los creyentes de las tres grandes tradiciones

por lo absoluto y por la verdad, que impulsa a las personas religiosas ante todo a relacionarse entre sí. En efecto, es común la convicción de que estas realidades trascendentes tienen como fuente y llevan las huellas del Omnipotente, que los creyentes ponen ante los demás, ante nuestras organizaciones, nuestra sociedad y nuestro mundo. De este modo, no sólo enriquecemos la cultura, sino que también la modelamos: las vidas de fidelidad religiosa reflejan la presencia rompedora de Dios, y así forman una cultura no definida por límites de tiempo o de lugar, sino fundamentalmente moldeada por los principios y las acciones que provienen de la fe.

La fe religiosa presupone la verdad. El que cree busca la verdad y vive según ella. Aunque los medios por los cuales comprendemos el descubrimiento y la comunicación de la verdad difieren en parte de religión a religión, no debemos desalentarnos en nuestros esfuerzos por dar testimonio de la fuerza de la verdad. Juntos podemos proclamar que Dios existe y puede ser conocido, que la tierra es creación suya, que nosotros somos sus criaturas, y que Él llama a cada hombre y a cada mujer a un estilo de vida que respete su plan para el mundo.

Amigos, si creemos tener un criterio de juicio y de discernimiento que es divino en su origen y está destinado a toda la humanidad, entonces no podemos cansarnos de procurar que ese conocimiento influya en la vida civil. La verdad debe ser ofrecida a todos; está destinada a todos los miembros de la sociedad. Arroja luz sobre los fundamentos de la moral y de la ética, e infunde en la razón la fuerza para superar sus propios límites a fin de dar expresión a nuestras aspiraciones comunes más profundas. Lejos de amenazar la tolerancia de las diferencias o la pluralidad cultural, la verdad posibilita el consenso, hace que el debate público se mantenga razonable, honrado y justificable, y abre el camino a la paz. Promover el deseo de obedecer a la verdad, de hecho, ensancha nuestro concepto de razón y su ámbito de aplicación, y hace posible el diálogo genuino de las culturas y las religiones, tan urgentemente necesario hoy.

Cada uno de los que estamos aquí presentes sabemos también que hoy la voz de Dios se escucha menos claramente, y que la razón misma se ha hecho sorda a lo divino en numerosas situaciones. Con todo, ese "vacío" no es un vacío de silencio; es el ruido de pretensiones egoístas, de promesas vacías y de

con valentía, respetando todo lo que nos diferencia y promoviendo todo lo que nos une como criaturas bendecidas por el deseo de llevar esperanza a nuestras comunidades y al mundo.

Que Dios nos guíe por ese camino.